

cuerpo y manos y brazo y corazon de aquella cabeza, despues que fué la primera sometida, y recibió la unidad, que ántes que á nadie se le impuso.

Pero ni Roma, ni Italia misma, son una nacion territorial: en los pueblos sometidos por Roma hay independencia; tampoco hay unidad. La unificacion de Europa y del mundo ha de venir de Roma.

Mas ¿cuál es la ley providencial que á ello la obliga? Así como para el advenimiento de su Hijo en la plenitud de los tiempos, prepara Dios una raza, un pueblo, una familia, desde las eras bíblicas; así para revelar á los hombres la Buena Nueva, venido el Salvador, que ha de atraerlo todo hácia sí, manda á la unidad que allane los caminos al Dios único; y prepara á otro pueblo, y en él elige á una ciudad á quien confía este grande y misterioso destino.

No importa que ella le desconozca. Impreso lleva en sí el espíritu de la dominacion, y la fuerza de la asimilacion universal. Instrumento de las miras de la Providencia, vá donde ésta la lleva, sin saber cómo, ni preguntar para qué. Impone al mundo vencido la unidad, por la fuerza y por la ley, como siglos despues se la impondrá por la verdad y por la enseñanza, por la fé y por la autoridad.

Ya hemos dicho antes de ahora en estos apuntes, que la unidad romana del mundo es la preparacion histórica del advenimiento de Jesucristo. Hoy lo repetimos, porque sólo así se comprende la historia.

Más adelante, hablando concretamente de Roma, explicaremos cómo procede en esta obra providencial. Hoy nos basta consignar que el mundo civilizado no tuvo unidad hasta que se la dió Roma.

XV.

DE LA CONSTITUCION
DE LAS NACIONALIDADES EUROPEAS.
—PORQUÉ NO HÁ LUGAR EN ITALIA.

Las nuevas nacionalidades que han llegado hasta nuestros dias, no son más que fragmentos del despedazado coloso. Así como tantos edificios se hicieron con las columnas y piedras de los monumentos romanos, así los bárbaros del Norte que destruyeron el Imperio, al demoronar el colosal edificio de la administracion romana, construyeron nacionalidades con los grandes trozos de aquella sociedad. En la espantosa conmocion de aquella maréa de pueblos, cada nacion de las que hoy conocemos, se formó de dos elementos: de la forma cohesiva que le habia dado la asociacion romana, y de la substitucion con que en cada una de las que fueron provincias, se reemplazó á la autoridad de los gobernadores, pretores, procónsules ó prefectos; á saber, la unidad de una raza bárbara con el caudillo que la representaba. Así los Visigodos en España; así los Francos en las Galias; así los Anglos, los Sajones, los Lombardos, los Borgoñones y los Ávaros, y las demás grandes familias y derivaciones de ellos en los diversos distritos del mundo romano.

Con estas ó las otras circunstancias ó accidentes, más ó ménos esenciales y variados, en toda la Europa central

y meridional se repite el mismo fenómeno; una sociedad romanizada; una tribu, casta, ejército, horda ó raza, siempre en menor número que el pueblo sometido, y que entra á gobernarle con nuevos principios, usos y costumbres que él trae, recibiendo á su vez civilización, leyes, costumbres, trajes, lengua, religión é instituciones del mismo territorio y pueblo en que se asienta y fija.

Especialmente en las Galias, en Inglaterra, en las Españas, en las orillas del Rhin y del Danúbio, los bárbaros formaron esas naciones compactas y poderosas, que se llamaron España, Francia, Inglaterra y Alemania. Sus ejércitos fundaron poder; sus familias, nobleza; sus caudillos, monarquías primero, y dinastías despues; sus repartimientos, sus guerras y sus tratados, política; y los límites de sus posesiones, más ó menos acomodados á las condiciones geográficas, naciones más ó menos determinadas.

Este trabajo de reconstrucción, esta taréa de armonizar los poderes, que entónces sustituyeron á la ciudad de Roma, con las condiciones naturales de cada una de estas divisiones, y en combinacion con las necesidades, vicisitudes y progresos de la civilización germano-romana, que reemplaza á la civilización del mundo imperial, es lo que constituye la historia de Europa desde el siglo IV hasta el dia en que vivimos; y que sólo espíritus muy limitados, ó sumidos en una ignorancia que ya no es permitida á la educación más superficial ó rudimentaria, pueden creer no ya definitiva, pero ni siquiera demasadamente adelantada.

El mundo camina siempre, aunque ya hemos visto que no siempre sabe á donde vá. Vá á donde le lleva la Providencia. De lo que es responsable siempre, es de

sus crímenes; muchas veces lo es de sus errores; de su destino, nunca. Pocas palabras añadirémos á esto, pero de esperanza y consuelo. La sociedad política ó diplomática vale siempre aun ménos que la civilización social. Así como, por ejemplo, la civilización italiana de los siglos XIII, XIV y XV, valía más que su espantosa anarquía gubernativa, así la civilización europea vale hoy más que su monstruosa organización internacional.

La contemplación de lo presente y las aspiraciones de lo futuro, nos han distraído involuntariamente algun trecho de nuestro camino.—Volvamos á él, considerando cuál sea la explicación del fenómeno histórico de que, como en otros pueblos, no se haya desarrollado ni fundado en Italia una unidad fuerte, una nacionalidad moderna.

Cabalmente donde encontró más dificultades la desmembración bárbara, que dió nacimiento á las nacionalidades modernas, fué en el país más próximo á la entidad dominadora. Los bárbaros apagaron pronto en los extremos la vida central; pero no fueron bastante fuertes para destruirla en la cabeza y en el corazón de donde irradiaba. Atilfo y Clodovéo reemplazaron fácilmente á los procónsules y á los jefes de las legiones imperiales. Los pueblos no vieron alguna vez más que un cambio de delegados. Pero ni Alarico, ni Odoacre, ni Teodorico pidieron sustituir á los Césares. El Emperador á quien Roma enviaba la púrpura, era siempre el representante de la unidad de Roma, aunque se llamara Zenon, Justiniano, Anastasio ó Heráclio, y residiera en Constantinopla. El mismo Teodorico, para asegurar su dominación, cuida de que esta idea no muera; y cuando la Italia, á la muerte de Justiniano, queda reducida á un Exarcado,

no entra en su comprensión la idea de ser provincia. El corazón de la gente latina se rehace contra la barbarie, y no la admite ni la recibe nunca en su seno, como las otras regiones de aquel vastísimo Imperio.

Iríamos muy lejos en esta investigación, ó habríamos de tomar, para explicar este fenómeno histórico, el símil de algunas teorías de la formación de la tierra, según las cuales, al desprenderse un pedazo del sol, su superficie enfriada tornóse en costra endurecida, sobre la cual se levantaron sólidos continentes, mientras que el núcleo interior conserva en eterna fusión la férvida incandescencia del astro originario.

No de otra manera conservó ardiente las regiones vecinas al Capitolio, el fuego de aquel sol del mundo, que fué el GLOBO IMPERIAL. Todo lo que era bárbaro, escandinavo, tudesco, hunno, gótico ó lombardo, se fundía y disipaba al acercarse á su centro. ¡Solo la Cruz no se derritió con el contacto de aquel horno de dominación y de imperio! Como uno de los prodigios de las leyendas de aquellos siglos, resistió á la prueba del fuego, y por eso allí se alzó Señora y santificada, emblema de un nuevo, místico, santo, milagroso y espiritual Imperio, en la ausencia y orfandad de toda señal visible de poder en que quedaba una región, á la cual el poder que ella creó no llegaba, y que al que en otras partes le sustituía, lo despedía y pulverizaba.

Derrocado el Imperio romano, hemos visto ántes cómo no hay en Italia autoridad que sea independiente. En el seno del nuevo Imperio, después de extinguida en Adelchis la dinastía Lombarda, no hay ningún centro italiano que sea unidad.

Los Emperadores de Oriente no dan la unidad á Ro-

ma. La unidad bárbara no la quiere de los Lombardos. Los Pontífices no tienen poder temporal, ni lo quieren, ni lo admiten, sino en la medida necesaria para ser independientes. Pero, como italianos, llaman á Pipino contra Astolfo, y á Carlo Magno contra Desiderio. Quedan los griegos en el Mediodía, las tribus vénetas en el Adriático, los restos del Exarcado en el Mediodía; pero el Imperio que funda Carlo Magno, no sólo no es, como ya hemos dicho, la independencia, sino que aquel vínculo moral está muy lejos de parecerse á la unidad que se forma en otras partes. Y cuando el poderoso Rey de los francos ha extinguido la última esperanza de la dinastía Lombarda, y viene á Roma á dar gracias al Dios de los ejércitos sobre el altar de los Santos Apóstoles, los romanos le reciben como su libertador, y le dan en recompensa de su victoria, el trono del mundo, aclamándole Emperador de Occidente.

Ya hemos tenido ocasión de observar cómo el Imperio antiguo no era independiente. En el que se restauró con el hijo de Pipino no podía caber la idea de unidad. Esta idea hubiera implicado la de separación y aislamiento. Era una idea de los bárbaros. Por eso sólo la tuvieron la Francia y la España. Los italianos la desecharon. El débil vínculo de asociación en que los dejaba el nuevo Imperio, no fué más que un pretexto para quedarse existentes, y con una vitalidad propia, todas aquellas divisiones locales que habia formado, en medio de los trastornos de tres siglos, el espíritu liberal de la sociedad latina. Las antiguas confederaciones municipales, las que resultaron de las divisiones del Exarcado, los condados casi feudales que habían establecido los condes Lombardos, las colonias vénetas del Adriático, las ciudades lígures de Gé-

nova, las etruscas de la Toscana, y las que en el Mediodía quedan definitivamente emancipadas del Imperio de Constantinopla, se consideran iguales entre sí. Y si alguna quiere aspirar á una supremacía, está siempre el alto protectorado del Emperador para intervenir en sus discordias intestinas, y para mantener aquel equilibrio de administraciones y gobiernos que en ninguno de ellos es soberanía. El título de Rey de Italia que conceden algunos Emperadores á sus hijos, no es más que un título honorífico, como le llevó siglos despues el hijo de Bonaparte. El mismo feudalismo, que sigue á la época de Carlo Magno, y que en las demás naciones de Europa, aunque produzca caós y anarquía de gobierno, no destierra la idea de la unidad que les habian dado los bárbaros, no puede producir en Italia los mismos resultados. En los otros pueblos siempre queda un jefe permanente para ir asimilando las divisiones feudales. En Italia, repúblicas y condados, municipalidades y Príncipes, Pontífice, Rey y Prelados soberanos son féudos del Imperio; y el Imperio no es Italia.

El Imperio y la subdivision italiana es de procedencia latina; y es un hecho á lo ménos, (ya que no se admita como un principio y una ley de la historia, cuya significacion anterior ya hemos explicado, estando la explicacion de este enigma en los destinos de Roma católica), que ningun centro, ni raza, ni familia, ni persona latina ha creado unidad, ni fundado dinastía, despues de la destruccion del antiguo Imperio de los Césares.

En los demás países que nacen de la conquista bárbara, la unidad se revela, á través de las vicisitudes históricas, en cinco hechos fundamentales: la existencia de una familia dinástica, la creacion de un centro general admi-

nistrativo, la preponderancia de una ciudad ó la insignificancia de todas ellas, la adopcion de una lengua nacional, la universalidad de un código. Familia, intereses comunes de localidad, capitalidad, lengua, principio, hé aquí, repetimos, las condiciones esenciales para formar unidad.

En Italia todas las infinitas casas y familias que vemos pulular en su sangrienta historia, sus Estes, sus Viscontis, sus Gonzagas, sus Farnesios, sus Sforzias, sus Dorias y Médicis no pueden nunca llegar al poder, que fundan, ó conquistan y consolidan las inmemoriales régias familias de Aragon y Castilla, los Carlovingios y Capetos de Francia, los Estuardos y Tudores en Inglaterra, la casa de Suevia ó de Habsburg en Alemania, despues los Borbones, y los Braganzas y Romanow en Portugal y en Rusia. Pero no ha habido ni hay hasta nuestros dias una familia Real italiana. La Italia imperial fué representada por lo que ella significaba en el mundo, por las familias imperatorias, por las dinastías Carlovingias, por la casa de Franconia, por la de Suevia y por la de Habsburg. En las luchas modernas, por la casa de Anjou y por la de Aragon: despues, por Carlos V y la casa de Austria: últimamente por Napoleon I.

El mismo obstáculo se opone á que la independecia y la unidad italianas se encarnen y localicen en ninguna ciudad. Las ciudades importantes que crecen, se desenvuelven, prosperan y se engrandecen enmedio de la espontánea y fecunda actividad de la Italia, siguen la suerte de sus familias. Ninguna es bastante grande, bastante populosa, bastante influyente, bastante preponderante para representar ni una Italia que no existe, ni un Imperio que es más grande que la Italia. Todas ellas repre-

sentaban grandes centros intelectuales, soberanías, políticas muy limitadas.

La Gália hecha francesa, despues de la definitiva separacion del imperio de Cárlos el Calvo, gravita siempre hácia un centro único, que no es por cierto su ciudad más populosa. Lyon, Marsella, Arlés, Tolosa eran más importantes que Paris; pero al fin las fuerzas sociales de la Francia, como girando instintivamente hácia el centro, de donde habia venido la unidad bárbara, acabaron por hacer de la antigua capital de Clodovéo, la metrópoli de su unidad y de su civilizacion.

En España, cuando despues del lento trabajo de la reconquista sobre los Árabes,—que sea dicho de paso, establece diferencias tan profundas entre nuestra historia y la de las demás naciones latinas, y dá un carácter tan especial á nuestra civilizacion,—cuando al fin suena la hora de las grandes monarquías européas, y de la unidad material de todos sus Estados, unidos de antemano en fraternidad de origen y pensamiento; la union de las coronas de España no se encontró con los obstáculos materiales de una gran capital. Valladolid, Zaragoza y Valencia, Barcelona ó Toledo, estaban harto distantes de ser Florencia ó Génova, Nápoles ó Venecia. Otras más importantes, Valencia, Sevilla y Granada, más ó ménos recientemente conquistadas, tenían carácter y aspecto árabe, en discordancia con sus vencedores; y por tanto no podían ni reclamar, ni ejercer sobre ellos su capitalidad. Ninguna, pues, de nuestras ciudades, volvemos á decirlo, era un centro que localizara tan grandemente la entidad y la accion, que constituian la unidad material y política de la monarquía española.

Una sola habia mayor que todas las otras; y por eso

esa localidad sola determinó despues su separacion, y se creó una existencia excepcional, con otras tendencias, con otras afinidades y otras dependencias. Tener una tan gran ciudad ha valido á Portugal una nacionalidad, aunque reducida y débil. Si hubiera habido en la Península cinco ó seis Lisboás, ellas hubieran sido tal vez muy prósperas y florecientes; pero la Península española hubiera sido la más pobre y desventurada de las naciones de Europa. La Francia llegaría al Ebro; la Inglaterra al Guadiana: habria unos pobres Reyes de Castilla en Búrgos y en Toledo; y acaso hubiera todavía en Granada un Rey moro, que la Francia y la Inglaterra sostenrían en nombre de la civilizacion y del equilibrio europeo, hasta que otra Isabel la Católica osara repetir, enfrente de la diplomacia anglo-francesa de nuestro siglo, la heróica y gloriosísima hazaña, que llevó á cabo la Reina santa de Castilla y Aragon, allanando las torres de la Alhambra, en el semi-bárbaro siglo XV.

Congratúlense, pues, Barcelona la heróica, Sevilla la hermosa y Zaragoza la invicta, de haber confundido sus anales en el haz espléndido de la gran Nacion, que las lleva hoy á todas en su magnífica corona; y no envidien en ninguna parte del mundo la triste suerte de esas hermanas desoladas que llevan en su soledad la pena de su parricidio. Glorifíquense al comparar su próspera vitalidad y su eterna juventud, con la lenta gangrena de esas piernas, que se amputaron para andar solas, ó de esas cabezas sin cuerpo, que pensaron que sin pies ni brazos podian soportar coronas.

Hemos estudiado el Imperio que funda Carlo Magno, y estudiado el carácter y el destino de Italia. Caminamos con la luz de la historia en la mano, y no creemos que

es necesario separarnos del hondo y seguro sendero que marca.

Vamos, sin embargo, á hacer una digresion. Vamos á entrar en el terreno de la hipótesis, siquiera sea por breve rato, para volver á entrar con más seguridad en el de la Historia, que abre el dedo invisible de la Providencia, trazándola con sus hechos los hombres.

Tal vez se nós pregunte:—¿Qué hubiera sido si la Italia de la Edad media hubiese formado una nacionalidad robusta é independiente?

No sabemos qué hubiera acontecido, si los sucesores de Albóino hubieran tomado por capital á Roma, y hubieran constituido una Italia *una, sola é independiente*. Lo que sabemos es que el carácter del Pontificado hubiera sido otro; otra la historia del mundo, de la Edad media, de la cristiandad toda entera. Algo hubo de particular para que así no aconteciera; y ese algo no es la voluntad de tal Papa, ni el interés de tal Rey. La historia no se deja influir profundamente por individualidades aisladas. Si Desiderio hubiera podido ser dueño de Roma, hubiera sido Emperador como Carlo Magno. Los Lombardos no estaban llamados á tal destino. No habian adquirido en tres siglos ciudadanía italiana, como los Godos naturalizacion española. Roma llamó, en nombre de la Italia, al que ya representaba todas las grandes nacionalidades europeas, al Rey de los Francos y de los Germanos, al conquistador de los Sajones y de los Burgundios, al civilizador de toda la Europa, renovada y reunida por él bajo un cetro y una Religion.

XVI.

UNIDAD DEL IMPERIO MODERNO DE OCCIDENTE:
CARLO MAGNO: CÁRLOS V: NAPOLEON.

Carlo Magno fundaba de verdad el imperio de Occidente: faltábale Italia, que era su corona. Vino á demandarla de rodillas; y el Pontífice, al consagrarle Emperador romano, volvió á colocar á la Italia al frente del nuevo Imperio católico. Era una gran revolucion en el mundo; por mejor decir fué una gran construccion; el principio de una nueva época en los anales de la civilizacion. César inaugura la dictadura de la república universal. Carlo Magno inaugura la monarquía universal de la cristiandad. En una y en otra, Roma es la cabeza; Italia la Primada, como ha dicho Gioberti. Que fueran á preguntarle entonces si era independiente! Ella os hubiera respondido, que era la Soberana. El nombre de Rey de Italia no significó despues, en toda la duracion de la historia, más que la condicion de ser Emperador de Europa. El título de Rey de Italia ó de Rey de romanos, fué para los nuevos Césares, como el de Cónsul y Tribuno del pueblo, para los primeros.

Volvamos ya á la historia. Contemplemos en ella el Imperio de Cárlos V, bajo el aspecto de la unidad, sobre todo, de su pensamiento.

Cuando Carlos V renueva la obra de Carlo Magno, ya es una renovacion de restauracion la que comprende. No construye, como su predecesor, el grandioso edificio, gigantesco, bárbaro, magestuoso, inmenso en su conjunto, caprichoso y anárquico en sus detalles, como las grandes catedrales góticas. Carlos V lo recompone, lo repara, lo apuntala, y algunos antiguos lienzos se le vienen encima, de camino.

En una cosa fundamental conviene con su predecesor: en recibir su autoridad é investidura de Roma; porque él todavía funda su autoridad imperial en el principio y en la idea religiosa, cuya unidad sustenta. Los dos proclaman de esta manera, que la fuerza no es poder, sino cuando es la representacion de un principio; cuando se manda en nombre de un sentimiento y de una creencia!....

Cuando Napoleon quiso imitarlos, se olvidó de que ya no tenía aquella representacion, que era la fuerza de los que él creía sus progenitores. Entra en el terreno de las quimeras, de la fortuna. Pero Napoleon no representaba la unidad religiosa, sino la revolucion francesa. Buscar él la consagracion en Roma, era un anacronismo. No era la Italia Papal la que podía admitirle; era, por el contrario, la *Italia antipapista*. Por eso el Papa no pudo consagrarle, sino encarcelado. Mejor le hubiera sido prescindir completamente de él, que violentarle y escarnecerle. Hubiera sido consecuente con su destino. La Italia era para el Imperio Santo la Primada; no podía ser sino un satélite para la revolucion, que no tenía su asiento en el Tiber, sino en el Sena sus fuentes bautismales. Pero Napoleon, que quería organizar la sociedad desgraciada, decía como Prudhon: *Il me faut l'hypothèse d'un Dieu.*

Napoleon necesitaba la hipótesis de un cristianismo, el simulacro de un Papado; y en esta obra contradictoria y efimera, su Imperio se estrelló contra la Religion que no representaba, contra la libertad que oprimia, y contra la independenciam que no puede dar una cosa tan precaria como la fuerza, cuando se tienen en contra los principios.

Por eso Napoleon III tenía que optar, para renovar su obra, entre fundar una Italia con una Roma liberal, ó con un italianismo anti-católico. Su obra será más ilusoria que la del César.

¿Quiere ser nada más que Pipino?—Pues no puede entregar á Roma á los nuevos Lombardos.

¿Quiere ser Carlo Magno?—

—¿De qué sacerdocio le ha de ungir el Pontífice?

Pero nos hallamos ya no solo en Italia, sino precisamente en Roma y con el Pontífice, que es el principal y verdadero asunto de estas páginas.

Pasemos ya á consagrarle especialmente nuestra atencion.